

cia las bocacalles que afluyen á la plaza, dejándose tan solo una abertura que sirve de entrada, y á nadie se franquea esta sin haber satisfecho cierta cantidad. Voy á describir una de estas corridas, que presencié en San Felipe de Játiva desde la casa de un comerciante por quien fui invitado. Dicha casa dominaba toda la plaza del mercado, y gocé á la verdad de un extraño espectáculo. Las puertas estaban cerradas y los balcones atestados de gente, siendo las mujeres las que mostraban mas vivo interés en todo lo concerniente á la fiesta. En medio de la plaza se levantaba un tablado ocupado por la música; el resto estaba lleno de hombres. En manera alguna acertaba á explicarme de dónde venía tanta gente ni á dónde podría retirarse en el momento de aparecer el toro: verdad es que se veían algunos tablados; pero estos eran insuficientes para contener tan numerosa muchedumbre, y no era fácil adivinar lo que sucedería. Sin embargo, así era; unos cuantos golpes dados contra la puerta de la cuadra, donde estaban encerrados los bueyes, anunciaron que iba á comenzar la funcion; dispersóse al instante la gente reunida en la plaza y en un abrir y cerrar de ojos aparecieron los tablados llenos de hombres encaramados unos sobre otros á guisa de monos; en el suelo y debajo de aquellos veíanse los jóvenes tendidos de bruces. En muchas casas se habían hecho varios preparativos á fin de tener nuevos y seguros puestos desde donde poder ver á los animales: se habían sujetado al efecto con fuertes cuerdas á los balcones, de tres á cinco tablas, pero tan estrechas que apenas podía sentarse en ellas el pié; sin embargo, no tardé en ver que servían perfectamente para ponerse á cubierto de todo peligro. Colgaban de estos andamios gran número de cuerdas, con varios nudos separados unos de otros por un pié de distancia, las cuales servían, así para preparar mas fácilmente, como para sostenerse con mayor seguridad. Algunos espectadores estaban sentados en banquillos colocados delante de las puertas de sus casas; otros de pié en el umbral de estas, dispuestos siempre á cerrarlas de golpe en caso necesario, mientras unos cuantos las habían fortificado con pesadas y gruesas tablas. Del tablado dispuesto para la música, había además suspendidos centenares de hombres, á cuyo peso se vino aquel al suelo, sin que afortunadamente hubiera tenido que lamentarse ninguna desgracia personal.

En este momento se abrieron las puertas de la cuadra, y salió precipitadamente del interior de esta el objeto de la general expectacion y regocijo, un buey de pura raza, á cuya vista todos los hombres se sentaron inmediatamente en los poco seguros tablados. Los allí reunidos saludaron la presencia del animal con prolongada gritaría, lo cual hizo que este mirara en derredor suyo con asombro, aturdido por aquella abigarrada multitud y por el espantoso ruido que reinaba. Dió unas cuantas patadas en el suelo, sacudió la cabeza, enseñando sus poderosos cuernos; pero se quedó inmóvil en su sitio.

Esto, como podrá comprenderse, no era nada agradable para los espectadores, que armaron una batahola infernal: cada uno de ellos competía con su vecino en punto á alborotar y meter ruido; los unos silbaban de mil diversos modos; los otros gritaban; estos palmoteaban, aquellos golpeaban las tablas con los bastones, los de mas acá con los piés, y todos agitaban, como energúmenos, sus pañuelos; parecía haber estallado un horroroso incendio; pero el buey permanecía en su sitio inmóvil y como atontado. Por cierto que no había para menos: su inteligencia era escasa, y no acertaba á adivinar cuál pudiera ser la causa de los honores que le tributaban; veíase además rodeado por todas partes de hombres, que no se podía saber si estaban locos ó cuerdos; no alcanzaba á ver ningún punto de salida dentro de aquella especie

de manicomio, y no hay que negarlo, todo ello era bastante hasta para hacer reflexionar á un buey.

Sin embargo, las reflexiones del animal fueron luego interrumpidas por la muchedumbre, que deseosa de solazarse, no tardó en recurrir á otros medios para molestar al toro y sacarle de su asombro. Abrióse lentamente una puerta, y apareció un hombre armado de una larga vara, provista de una púa en su extremo; manejábala con mucha destreza, y picó fuertemente con ella el cuarto trasero del buey, sin haber conseguido á pesar de esto hacerle adelantar un solo paso. El toro creyó haber sido picado por una mosca, así es que volvió furioso la cabeza para alejar al insecto, y se quedó inmóvil en su sitio. Viendo que no se conseguía el objeto deseado, todos los espectadores se dieron trazas para poner al animal en movimiento: arrojáronle rehiletes por medio de cerbatanas; cubriéronle de sombreros; agitaban continuamente pañuelos delante de sus ojos y gritaban todos tan desahogadoamente, que el buey furioso y como fuera de sí corrió con la rapidez del rayo hácia un lado de la plaza, la cual despejó muy luego, si bien por pocos momentos, pues apenas hubo abandonado su sitio, otra vez se levantaron los curiosos de su asiento y echaron á correr tras el animal.

Algunos no solamente eran atrevidos, sino hasta temerarios; unos cogían al toro por los cuernos al pasar por delante de sus casas; otros le daban puntapiés desde sus asientos, mientras los había que se colocaban á una distancia de diez pasos delante de él y le provocaban por todos los medios imaginables, trepando mas que de prisa á los tablados, cuando el animal les embestia. No puede negarse que la mayor parte de los circunstantes daban muestras de verdadero valor; sin embargo, no faltaban tampoco cobardes: así los había que picaban al buey al través de un pequeño agujero practicado en las puertas de sus casas, otros se limitaban tan solo á meter ruido, y uno ví, que por cierto me pareció en extremo despreciable, el cual entreabría la puerta, sacudía una manotada ó un garrotazo al animal, y tornaba á cerrarla inmediatamente, no bien el toro hacía el menor movimiento. Durante la corrida pude convencerme de lo bien que los españoles conocen los instintos del toro: cuando este pasaba por delante de los tablados, de metro y medio de altura, los cuales podía barrer perfectamente con sus cuernos, subíanse los espectadores á los sitios mas elevados, encogían las piernas y se quedaban en esta postura hasta que había pasado el animal evitando así sus temibles cuernos.

Diremos para concluir que fueron toreados seis de estos animales, á los que provocaban hombres y perros hasta que se enfurecían ó agotaban sus fuerzas: en uno y otro caso era fortuna para ellos que viniera el cabestro para conducirlos á la cuadra, pues veían de este modo terminado muy luego su martirio. En esta corrida no hubo que lamentar desgracias, si bien son siempre de temer, pues los tablados están muy mal contruidos, y es fácil que se rompa una de las tablas, viniendo abajo en consecuencia gran parte de los espectadores. En una de las últimas corridas perecieron dos hombres, sin que tan sensible desgracia fuera parte á que se interrumpiera la corrida. La policía, por otra parte, hace muy poco para evitar tales percances, y á lo sumo dispone que la gente se ponga en sitios menos peligrosos.

Corridas por el estilo de la que he descrito, son tan solo diversiones domingueras; pero las de toros son, por el contrario, fiestas extraordinarias y las mayores del año. En Madrid y en Sevilla, en los ardientes dias del verano, si hace buen tiempo, las corridas de toros se celebran todos los domingos; en las demás ciudades del reino, una vez al año, aunque tambien acostumbra á darse tres dias seguidos. El viajero que permanece largo tiempo en España, no puede

librarse de asistir á tal espectáculo. Voy á describir una de estas lidias que presencié en Murcia.

Ya en las primeras horas de la tarde de aquel dia festivo, se agolpaba la gente en las calles que á la plaza conducian; cruzábanse los repletos y variados carruajes con otros vacíos, que, ansiosos de llevar mas espectadores, volvian ya. A la entrada de la plaza pululaba la abigarrada muchedumbre, echando ternos y votos, aunque se habían abierto las puertas con algunas horas de anticipacion, y los ciudadanos mas pobres y los campesinos, allí como en todas partes avaros, habían escogido y ocupado sus puestos desde el medio dia. Causa admiracion pensar que estos prematuros espectadores aguanten durante cinco horas mortales el insufrible calor del sol, y lo soporten contentos, para poder luego á la sombra gozar de tan sublime espectáculo. El aspecto del anfiteatro era sorprendente: la muchedumbre se confundía en un revuelto conjunto del cual se destacaban las encarnadas fajas de los hombres de las huertas del llano y los pañuelos de vivos colores de las mujeres; observé que algunos jóvenes agitaban banderolas encarnadas, en que había bordadas cabezas de toros y otras figuras alusivas á las reses: muchos estaban provistos de cerbatanas, y con ellas acrecentaban el espantoso estrépito que reinaba y completaban dignamente semejante tumulto y gritaría.

Encontrábanse nuestros asientos muy cerca del chiquero, por lo que tuvimos que recibir las caricias del sol durante el comienzo de la corrida; teníamos á la izquierda la puerta por donde entran los lidiadores y salen los animales que han sucumbido; frente al chiquero, en lo mas alto de la plaza, el palco de la autoridad, y delante de nosotros, separado por una sencilla tabla, el redondel. Media este de 60 á 80 pasos de diámetro y era bastante llano, aunque al principio estaba sembrado de huesos de melocotones y otros restos de frutas que desde arriba habían arrojado y continuaban arrojando. La barrera, que podía medir metro y medio de altura, tenía en el interior, á cosa de tres palmos del suelo, unos listones bastante anchos, destinados á servir de estribo á los toreros cuando hubiesen de saltarla en las huidas: entre dicha barrera y el cerco de defensa del público ó contrabarrera, quedaba un pasadizo estrecho y vacío para la circulacion de los toreros y empleados; luego seguían los asientos de la muchedumbre, consistentes en 20 ó 30 bancos circulares, dispuestos en anfiteatro; despues los asientos fijos y, por fin, los palcos, donde podían verse las damas de la ciudad, luciendo sus mas lujosos trajes.

Además sobre los tejados de los palcos veíanse centenares de hombres, de pié, con sus paraguas abiertos para resguardarse del sol, y en tan incómoda situacion, sin duda porque no habían encontrado asientos abajo. Solo así se comprende que pueda contener una plaza de toros de 12,000 á 20,000 personas. Cada espectador se daba maña, desde su puesto, para aumentar la algazara y hacer diabluras; entonces comprendimos aquel dicho: «Se porta como en la plaza de toros.» Nadie estaba tranquilo, sino agitando, á lo menos, los brazos y el paraguas ó abanico, y moviéndolos en todas direcciones, gritando á voz en cuello, y arrojando frutas en derredor suyo. Al dar la hora señalada, presentóse el alcalde en su rico y adornado palco, que ostentaba el escudo de armas de la ciudad: abriéronse las puertas de arrastre, y entraron los toreros. Iba delante un alguacil con su antiquísimo traje de oficio, cabalgando en soberbio corcel; seguían los espadas, los banderilleros y el cachetero, despues los picadores y detrás de todos un tiro de tres mulas vistosamente enjaezadas. Los lidiadores vestían trajes estrechos, riquísimamente bordados, y capas de raso recamadas de oro; sus chaquetillas estaban cuajadas de oro y plata, pues no solamente pendían de los

hombros borlas ó flecos de oro, sino tambien gruesas placas de plata, en las cuales estaban engastadas piedras preciosas; sus monteras estaban tejidas de un modo especial con seda y gruesa lana, y llevaban zapatos ligeros con hebillas de plata. Los banderilleros, en lugar de las capas, llevaban sobre el brazo unos pañuelos de lana de varios colores. Los picadores iban vestidos de muy diferente manera: solamente las chaquetillas estaban bordadas como las de los otros; sus calzas de ante cubrían unas planchas de hierro muy pesadas, que les rodeaban y defendían las piernas y la parte superior del muslo derecho; cubrían sus cabezas sombreros de fieltro de anchas alas, adornados con moñas de varios colores; cabalgaba esta gente en miserables rocines, enflaquecidos por la edad, á los cuales agujaban con una espuela verdaderamente horrorosa, fija en el pié izquierdo; las sillas tenían los arzones elevados, y los estribos de hierro eran á manera de zuecos. Todos los lidiadores llevaban coleta. Presentóse la cuadrilla ante el palco de la presidencia, hizo una cortesía al alcalde y saludó al público. Acto seguido se adelantó el alguacil y dirigió á la autoridad algunas palabras, que no pudieron ser oídas á causa del espantoso ruido que reinaba, demandándole la vénia para dar comienzo á la corrida. Levantóse el alcalde y arrojó al gollilla la llave del chiquero: recogióla este y la llevó al toril á escape, donde la entregó á un mozo, quien abrió la puerta, pero dejándola entornada. Los espadas se quitaron las capas, las colgaron en la barrera, prepararon sus armas y cogieron, como los banderilleros, unos pañuelos rojos: llegáronse entonces los picadores á un empleado especial, guardador de los instrumentos de tortura y de muerte, el cual les entregó unas lanzas, llamadas picas, consistentes en unos palos redondos de tres á cuatro metros de largo por cuatro centímetros de grueso, provistos de una punta muy acerada de tres filos, que penetraba solamente hasta la carne del toro.

Recibidas ya las armas, quedaban concluidos todos los preparativos necesarios para empezar la funcion. No puede negarse que hasta este momento el espectáculo era grandioso y tenía algo de atractivo; pero á partir de este instante, iba á ser muy distinto. Hasta aquí no se trataba mas que de hombres; pero desde ahora la fiera entraba en el uso de sus derechos. Abriéronse las puertas del chiquero para ofrecer una salida al toro, el cual había sido excitado previamente hasta el furor. El toril ó chiquero es un ancho corredor, con muchos departamentos pequeños, contruidos de ladrillos ó de madera, á donde se conduce al toro, principalmente con ayuda del cabestro, y las mas de las veces no sin grandes dificultades y peligros: el buey manso hace con sus hermanos salvajes lo que los elefantes domesticados con los suyos, que acaban de ser cogidos. El toro destinado á la lidia es atormentado en su estrecho encierro durante horas enteras con una aijada, ó como dice el español, *castigado*. Las púas de las aijadas son finas como agujas, y causan bastante tormento, atravesando la piel; pero apenas sacan sangre. Fácil es figurarse cuál será la rabia del animal así prisionero é irritado, sin poder siquiera revolverse en su estrecha cárcel; arrebataado de furor, se lanza fuera tan pronto como tiene ocasion para ello. Abierto ya el encierro, pisó la arena el primero de los bichos condenados.

«Un hijo del infierno, negro y feroz, horrorosa imágen de la fuerza desenfadada; la voz salía ronca de su pecho; resoplaba con encono, sediento de venganza.»

Para aumentar su furor, un minuto antes le habían puesto lo que se llama *divisa*, una gran moña de cintas de varios colores, sujeta por medio de un ganchito de hierro que, atravesando la piel, entraba en la carne. Al salir del toril se tuvo un momento; despues embistió cabizbajo á uno de los banderilleros.

Recibióle este con mucha calma, desplegó ante él su pañuelo ó capote de varios colores, y se retiró con destreza, conduciéndole así hácia uno de los picadores.

Estos aguardaban lanza en ristre, inmóviles sobre sus jalmegos; habían previamente tapado á los caballos el ojo derecho, pues era por el lado derecho por donde siempre recibían á los furiosos toros, adelantándose á veces algunos pasos á su encuentro para provocarlos al ataque. El principal objeto de los picadores era alejar al toro de los caballos; pero estos infelices animales, debilitados por los años y destinados á la muerte, raras veces tenían fuerza suficiente para secundar el golpe ó picazo del jinete, y eran, por lo comun, víctimas de la embestida enemiga. Una vez llegado el toro delante del picador, quedóse un rato inmóvil; escarbó la arena con las patas delanteras, arrojando hácia atrás el polvo; se azotó los lomos con la cola; revolvió los ojos, y bajando de repente la cabeza, embistió al caballo, mas al pro-

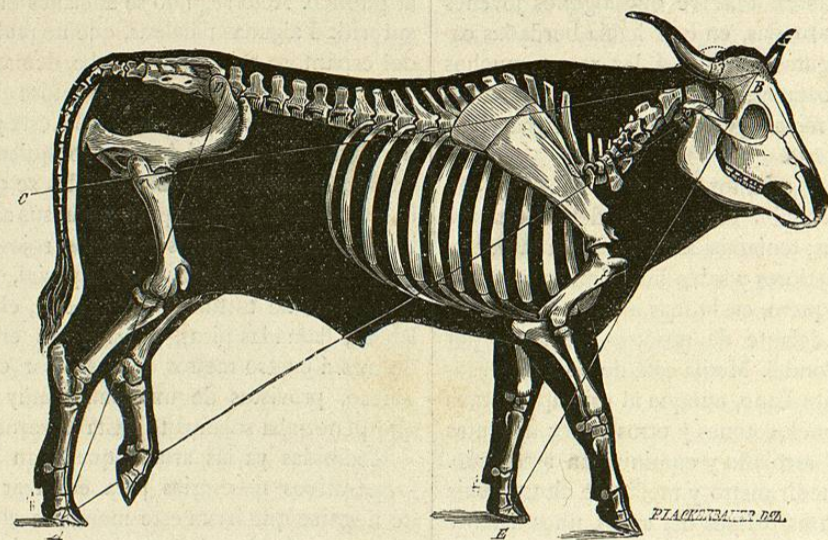


Fig. 284. — DESARROLLO DEL TIRO

arrancaban andando, y de nuevo eran conducidos por los jinetes al encuentro del toro. Temblando como azogados, con los labios convulsos, los caballos esperaban un segundo y tercer ataque del rabioso toro, hasta que venía la muerte á poner término á sus penas.

Caían, pues, tras largo sufrimiento; los picadores se arrastraban pesadamente hasta la barrera, y despues de corto intervalo reaparecían en el redondel con otro caballo: si los caídos daban aun señales de vida, se les golpeaba y martirizaba para poderlos llevar al muladar. Mientras los banderilleros distraían al toro se quitaban á los caballos las sillas, y si posible era, los empujaban y arrastraban de nuevo para llevarlos á otro sitio, pues no se dejaba tranquilos sino á los muertos ó á los que les faltaba poco para estarlo.

Aplaudían los espectadores á cada embestida del toro, diestramente evitada por el picador, y á cada herida que recibía un caballo aplaudían al toro, oyéndose por todas partes gritos que revelaban la mas irritante insensibilidad. Cuanto mas profunda era la herida que recibía un caballo, tanto mas ruidoso era el aplauso del público; la caída del picador era saludada con verdadero entusiasmo. Varias veces, durante la lidia, derribó el toro á algunos de los picadores, juntamente con sus jacos: uno de tantos dió de cabeza, al caer, contra el canto de la barrera y fué retirado, creyéndole difunto; pero salió del trance con un desmayo y una desolladura sobre la ceja: otro se dislocó un brazo y tuvo, por aquella vez, que renunciar al combate; muy mal lo hubiera pasado el prime-

pio tiempo se hirió con la lanza que el picador había asestado contra su cerviz; caballo y jinete fueron derribados por tal empuje, pero salieron por esta vez ilesos. Mugiendo el toro de dolor y rabia, se retiró sacudiendo el ensangrentado cuello, desgarrado por la pica. Volvió á embestir luego á sus adversarios de á pié, cuyas capas le enfurecían mas y mas, y de nuevo cerró contra otro picador. Pocas veces el toro dejaba de lograr llegarse al caballo al segundo ataque, y entonces le hundía en el cuerpo sus puntiagudas astas. Era dicha para el malaventurado animal salir mortalmente herido en el pecho del primer encuentro, pues daba lástima verle, si solo sacaba destrozada una pierna ó abierta la barriga! Aunque el toro hubiese destripado al caballo, aunque saliesen las entrañas arrastrándose por el suelo de modo que las pisoteasen los mismos cascotes del noble corcel, no había terminado su martirio; los picadores cortaban, sacudiendo con sus picas, aquellas entrañas, ó los caballos mismos se las

ro, á no haber distraído la atención del toro los peones, provocándole con sus capas. La primera parte de la lidia duró así cerca de 15 minutos ó mas, segun la bondad, es decir, segun el furor del toro: cuantos mas caballos hería ó destrozaba, en tanta mas estima le tenían. Con frecuencia corrían peligro los picadores; pero los peones les salvaban siempre, y cuando se veían estos apurados, se ponían en cobro saltando rápidamente la barrera: su destreza era admirable, su temeridad increíble. Uno de los lidiadores cogió al toro por la cola y dió varias vueltas alrededor del mismo, sin que pudiese hacerle el menor daño el enfurecido animal: otros, cuando ya casi le alcanzaba el toro con los cuernos, echábanle con destreza el capote sobre los ojos y tenían tiempo suficiente para huir. Cuando el toro hubo tomado bastantes varas, el clarín dió la señal de comenzar la segunda parte.

Cogieron sus banderillas los peones y los picadores abandonaron el redondel; los demás conservaban sus capotes. La banderilla es un recio palo que mide cerca de 75 centímetros de longitud, cubierto de cintas rizadas y provisto de una púa de hierro con un garfio. Tomaba cada banderillero dos de estos instrumentos de tortura, provocaba al toro, y al embestir este, le clavaba las dos banderillas en el cuello, destrozado ya por las picas: trataba el toro inútilmente de sacárselas, y su rabia crecía siempre: con el mas encarnizado furor acometió al segundo y al tercer banderillero; pero cada vez recibía nuevas banderillas, sin poder alcanzar al hombre que se apartaba con agilidad despues de habérselas clavado: en

cinco minutos tuvo en el cuello mas de media docena; chocaban entre sí al ser sacudidas, se inclinaban poco á poco hácia los lados, pero quedaban siempre fijas en el cuello.

Otro toque de clarín señaló el comienzo de la tercera parte. El primer espada, acabado tipo del valenton, se adelantó hácia el alcalde, se inclinó y brindó por él y por la ciudad. Tomó luego en la mano izquierda un lienzo encarnado, la espada en la derecha, preparó el uno y la otra y salió al encuentro del toro. Era la espada larga, fuerte, puntiaguda, de dos filos y tenía cruz y empuñadura muy pequeña, de suerte que los tres últimos dedos se apoyaban en los gavilanes, el índice en el nacimiento de la hoja, y el pulgar en la empuñadura. El torero desplegó la muleta, consistente en un pañuelo fijo á un palo por medio de una punta. Provocaba á la res con el llamativo color del pañuelo hasta conseguir que le embistiera; pero solo cuando el momento era favorable, trataba de darle una estocada en el pescuezo: por lo comun dejaba que el toro le arremetiera varias veces antes de herirle. En un toro logró dar á la tercera estocada en la parte del cuerpo conveniente, es decir, cerca de la cruz, entre las costillas; las otras dos fueron inútiles, porque dió en hueso. A cada yerro dejaba el hombre clavado el acero y se armaba de otro, en tanto que el animal se sacudía para quitarse el primero: si era la estocada bien señalada, la hoja se hundía hasta los gavilanes y solía aparecer por el lado opuesto. Apenas hubo recibido el golpe mortal, el toro quedó inmóvil; un torrente de sangre brotó de su boca y nariz, anduvo algunos pasos y cayó. Aproximóse á él el *cachetero*, clavó un ancho cuchillo en la nuca del animal moribundo y le quitó la divisa.

Gritos espantosos se mezclaron con una música estrepitosa. La puerta mayor se abrió, y entraron en el redondel las mulas, las cuales arrastraron á escape al toro por medio de una cuerda sujeta entre las astas y atada al *madero de tiro*. Arrastraron luego á los caballos en la misma disposición que al toro, echaron arena en los charcos de sangre é hicieron los preparativos para lidiar al segundo bicho. Sucesivamente aparecieron en la arena el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto y el sexto toro: el curso de la corrida era siempre el mismo, con la sola diferencia de matar mas caballos este que el otro, de recibir uno diez estocadas, mientras tal otro moría á la primera. Cuando esto sucedía, cuando la muchedumbre presenciaba tan heróico rasgo, sus aclamaciones parecían no tener fin: el mismo espada cortó una oreja del animal y la arrojó al aire, lleno de alegría. En los intervalos, ó tocaba la música, ó gritaban los espectadores.

La diversion concluyó á las seis de la tarde dadas. Veinte caballos muertos y el último toro yacían bañados en sangre, pues los otros ya se los habían llevado. Se veían en la plaza 10 ó 12 carros, tirados por bueyes, para trasportar los caballos; algunos de estos vivían aun, sin que hubiese una mano piadosa que hiciese terminar sus sufrimientos.

La pasión con que asisten los españoles á las corridas de toros, es increíble: no solamente los hombres deliran por esos juegos malditos, sino tambien las mujeres, si pueden, no dejan perder ninguno y llevan á la plaza hasta á los niños que amamantan. Los toreros comunmente llegan á poseer una bonita hacienda y son los héroes del dia, si bien muy poco estimados por lo demás: aunque pertenezcan á la hez del populacho, ricos y distinguidos caballeros traban amistad con ellos, y todavia es mas estimado el toro que los toreros: algunos de aquellos que mataron muchos caballos, gozan renombre durante largo tiempo, y de ellos proviene el miramiento que tienen los españoles para con los reses bovinas en general.

Despues de lo dicho no necesito hablar mucho acerca de

la inteligencia del buey: por tal concepto ocupa la especie un grado inferior en la escala; este animal es, con el carnero, el mas estúpido de todos los seres domésticos. Si aprende á conocer á su amo, y llega á encariñarse con él hasta cierto punto, si obedece á su llamamiento y manifiesta algun apego á la persona que se ocupa de él, parece que es por efecto de la costumbre, no porque intervenga el reconocimiento.

«Los bueyes que viven libres, dice Scheitlin, demuestran mas inteligencia que los que habitan los establos. Las vacas de los Alpes aprenden muy pronto á conocer á su pastor; son vivaces y alegres; excítanse con el sonido de las campanillas; no se espantan fácilmente y luchan entre sí con mas bravura.

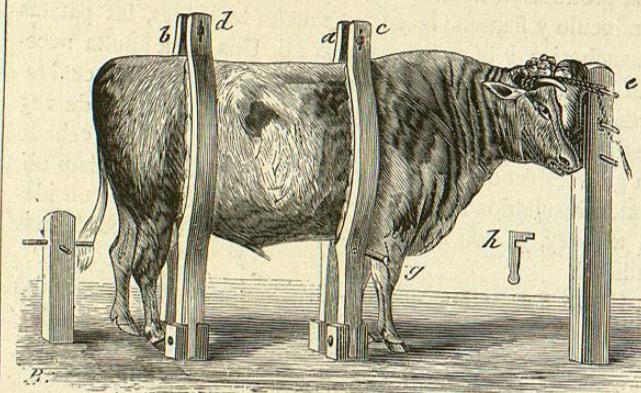


Fig. 285. — BUEY COLOCADO EN EL APARATO DE LOS POSTES

» El amor propio no parece, sin embargo, muy marcado en ellas, pues se observa que despues de luchar, la que ha sido vencida no se avergüenza ni enoja; aléjase un poco, baja la cabeza y vuelve á pacer; la victoriosa no parece tampoco enorgullecerse ni alegrarse, é imitando el ejemplo de su adversaria, se pone á comer tambien. Parece, no obstante, que la vaca conductora del rebaño toma muy por lo serio su cometido, y parece penetrada de su importancia; reconócese esto por su grave andar, y porque no tolera que ninguna otra vaca se le adelante.

» El toro está mejor dotado que la hembra mas inteligente: es mucho mas vigoroso; tiene los sentidos mas desarrollados; parece poseído del sentimiento de su fuerza; y es mas bravo, mas ágil y rápido. Mira con ojo inteligente todo cuanto le rodea; reconócese protector de su manada; embiste á su enemigo, lucha valerosamente con él, y no consiente que vaya en su compañía un toro extraño, pues le provoca y pelea con él hasta la muerte.»

El buey es capaz de reproducirse á los dos años: cuando la vaca está en celo no le gusta ya comer ni beber; dominante la inquietud y muge á menudo. Semejante estado no dura mas que medio dia, pero se reproduce muchas veces si la necesidad no queda satisfecha.

El periodo de la gestacion es de 285 días: el ternero se pone de pié poco despues de nacer y mama desde el primer dia: su madre le cuida hasta entrar de nuevo en celo. El macho entero se llama *toro*, y *buey* cuando está castrado; la hembra *vaca*, sus productos tienen diversas denominaciones. Se da el nombre de *ternero* al macho impúber; *ternera* á la hembra de la misma edad; *becerra* á la hembra púber que no tiene aun tres años; el *novillo* es un buey de la misma edad; tambien se le llama *toquete*. Así los machos como las hembras, adquieren á los dos años todo su crecimiento, y llegan al apogeo de su fuerza entre los cinco y los diez.

El ternero nace con ocho incisivos: al año caen los dos medios y son reemplazados por otros; á los dos años lo